

## Una buena novela y un mal chiste

### *La matrioshka*

RUBÉN OROZCO

Angosta, Medellín, 2019, 222 pp., il.

LA NOVELA es el testimonio eterno de una joven con alma de niña, Anastasia Mijáilovna, cuya madre acaba de morir y está a punto de morir. La historia tiene lugar en las estepas siberianas, muy blancas y frías, con casas distantes unas de otras, con una estación de tren desolada. La luna es presencia constante: sus ciclos resaltan la circularidad del relato, su delirio. El silencio es otra forma de la blancura: “No digo nada; nada respondo”, repite la protagonista. Hay un cerdo llamado Félix y unos pocos personajes que son como sombras o espejismos: el padre Alekséi, el telegrafista, la loca del pueblo con una muñeca que cree su bebé, la triste pareja formada por Tatiana Filípovna y Fiódor Andreievich, quien abusa de su esposa y de la protagonista.

La historia es como una serpiente que se muerde la cola: acaba donde empieza, con idénticas palabras, y promete seguir ocurriendo por toda la eternidad. La voz que nos habla nos dice que se siente “cautiva del presente, atrapada en un laberinto circular hecho de recuerdos insulsos y promesas incumplidas, esclava del todavía” (p. 17). Cuando el relato empieza, la madre acaba de morir y su fantasma se instala en la casa. Con el tiempo, el fantasma se va materializando, asume grotescas posiciones y, al final, vuelve a morir, para luego regresar como fantasma.

La historia gravita en torno a una matrioshka: una serie de muñecas, una dentro de la otra, como madres que engendran mujeres que engendran mujeres. La protagonista se identifica con el juguete: “Yo soy como la matrioshka; la matrioshka es como yo” (p. 28), y reconoce en ella el símbolo de la maternidad: “Hago girar las dos partes de la matrioshka y saco a la mujer que habita en ella, y a la señorita que habita dentro de la mujer, y a la niña que habita dentro de la señorita y a la bebé que es el núcleo y propósito de todo” (p. 29). Pero la muñeca también tiene otro sentido. En una de

las escenas más bellas de la novela, cuando Anastasia se encuentra con Misha, su amante soldado, el recuerdo de la muñeca le ayuda a entenderse a sí misma:

Pienso que una mujer puede ser en realidad varias mujeres que una lleva dentro o fuera, diversas, contradictorias, complementarias, y que dentro de la mujer que soy para casi todo el mundo hay una niña ingenua, sí, y una adolescente optimista, también, y además existe una muchacha ansiosa por sentir a un hombre dentro suyo, palpitante, sólido, y entonces ya liberada de la duda me abro, me destapo, y voy colocando una al lado de la otra a las mujeres que llevo dentro hasta que encuentro a la mujer que busco, a la mujer que Misha ha adivinado dentro de mí. (p. 89)

Anastasia tiene la ilusión de repetir lo que le ocurrió a su madre. Pienso que tras su encuentro con Misha ha quedado embarazada. La situación es similar: el soldado se ha marchado, Anastasia espera su regreso, siente que el fuego crece dentro de ella, pero la ilusión se esfuma: “Ya sé que dentro solo llevo la sangre que se me escurre entre las piernas ahora que la luna ha cumplido su ciclo yermo” (p. 29). El drama de Anastasia es que no lleva un bebé dentro de ella.

Madre e hija se disputan la matrioshka que el padre de la protagonista envió por correo, en un paquete que podría estar dirigido a cualquiera de ellas, pues tienen el mismo nombre. El argumento de la madre para quedarse con la muñeca es que el hombre no sabía de la existencia de esa hija y ni siquiera había tenido noticia del embarazo. Tras muchos forcejeos, la madre cede la muñeca y, con ese gesto, renuncia a la vida.

La historia de Anastasia Mijáilovna es poética, hermosa, de una rara perfección. Entonces aparece un apéndice que más parece un sabotaje: un disparate sobre un académico ruso que se radicó en Colombia por un tiempo y que conoció a una mujer chocona, Carolina Caracolí, quien supuestamente es la autora de la novela que acabamos de leer. El autor de este libro mató el tigre y se asustó con el cuero. Es como si Rulfo, después

de terminar *Pedro Páramo*, hubiera pensado que se le fue la mano en belleza, que seguro lo iban a acusar de sensiblero, y hubiera decidido agregar un epílogo para decir que la cosa no era en serio, que lo que acabamos de leer fue escrito por un marciano. *La matrioshka* no es *Pedro Páramo*, pero es una gran novela, y no me sorprendería que el autor –si decide no complacer a todo el mundo–salga con algo semejante.

La novela, como lo señaló Cherterton, es hija del cristianismo: nace de la compasión y de la búsqueda de redención. Eso lo entiende el autor cuando teje la filigrana que es el relato de Anastasia, con un trasfondo de *El libro de las revelaciones*. Entonces se siente obligado a justificarse con un mal chiste, a expresar sus opiniones sobre el establecimiento literario y a demostrar que solo estaba jugando. Pero lo que de verdad expresa con ese epílogo desafortunado son sus prejuicios y sus inseguridades. Nos muestra, por ejemplo, que está en conflicto con la corrección política: la supuesta escritora chocona es por momentos una “hembra”, una “negra”, una “morenaza” o una “afrodescendiente”. Lo que revela esa tensión es un racismo y un machismo soterrados. Casi es posible imaginar el proceso mental que condujo a la creación del personaje: entre hombres y mujeres, ¿quién es menos probable que escriba? Una mujer. Entre las mujeres de por aquí, ¿cuál es menos probable que escriba una novela rusa? Una negra del Chocó. ¿Y dónde encuentra uno negras del Chocó? En prostíbulos, claro; pero la voy a redimir haciendo que en lugar de ser prostituta escriba novelas y, para que el salto mortal no deje de ser cuádruple, pongámosle un nombre simbólico, pero tan juguetón que los inteligentes se den cuenta de que es un chiste: Carolina Caracolí; porque, claro, el ritmo entre primitivos no puede faltar y el caracol es un buen símbolo del infinito.

Al autor de la novela y el chiste parece preocuparle que lo acusen de haber escrito una historia inverosímil y entonces exagera la inverosimilitud. Por supuesto que la historia de Anastasia es inverosímil, por supuesto que es increíble y en ocasiones es cursi, por supuesto que es hija de sus lecturas de

NOVELA		RESEÑAS
<p>los rusos; pero sus honduras son sinceras. El epílogo, en cambio, solo busca enturbiar. Admito que algunas de las ideas que aparecen allí son respetables. Hay, por ejemplo, una referencia nada velada a una polémica que hubo en Colombia hace unos años, cuando las escritoras elevaron su grito indignado por la escasa representación femenina en la delegación enviada a una de tantas ferias del libro. Indignarse porque el gobierno no lo utiliza a uno como material de utilería es un chiste que se cuenta solo, y el autor advierte ese absurdo y lo denuncia; pero esa es una conversación de taberna, un chiste entre amigos o, a lo sumo, un artículo de opinión en un periódico. En todo caso, no se utiliza para volver añicos una buena novela.</p> <p>Admito que el epílogo del académico ruso, de parranda en el parque Lleras y rechazado por la hembra exótica, se defendería por sí mismo (para seguir con los rusos) como un intento tímido en la línea de <i>El maestro y Margarita</i>, de Bulgákov; pero esa mezcla de caviar con arepa paisa resulta indigesta. El libro mismo tiene una curiosa disposición gráfica. Como los episodios de la novela parecen en sincronía con las fases de la luna (el personaje hace referencia constante a ellas), cada capítulo está encabezado con una luna negra en un momento distinto de su ciclo. La narración se acomoda a esos ciclos con precisión. Pero hay algo más: los bordes interiores donde las páginas se unen están ilustrados con un oleaje de paréntesis que van y vienen; un mar de cachitos de luna que, después de leer el epílogo, se parecen a las líneas punteadas que indican por donde hay que cortar. Antes de guardar <i>La matrioshka</i> en el anaquel de los libros leídos y por releer, voy a pasar las tijeras por las páginas del epílogo. Cuando vuelva a disfrutar de la belleza de la historia de Anastasia, no quiero que el gusto se estropee con ese malabar desesperado.</p> <p style="text-align: right;"><b>Gustavo Arango</b></p>		